

Cartas de Salvador Novo a Federico García Lorca

Sobre su fugaz, pero feliz encuentro con García Lorca en Buenos Aires en diciembre de 1933, Salvador Novo nos dejó una interesante y divertida crónica en su libro *Continente vacío (Viaje a Sudamérica)* (Espasa Calpe, Madrid, 1935), publicado apenas un año después de su regreso a México. Con evidente cariño y añoranza, al final de su vida también volvió a evocar la misma historia en el prólogo escrito para la publicación en México de algunas obras de su antiguo amigo español¹. Si bien ambos relatos (y sobre todo el primero) nos ofrecen una imagen bastante cándida de esta amistad, tal vez nos permita ahondar un poco más en el curso seguido por esta relación, la serie de tres cartas de Novo a Lorca que a continuación se comenta, las tres, hasta ahora, rigurosamente inéditas².

El viaje de Novo a Sudamérica surgió a raíz de una invitación que se le extendió para que acompañara, como relator oficial, a la comitiva mexicana que asistiría en Montevideo a la VII Conferencia Internacional Americana. En *Continente vacío*, Novo se ocupa muy poco de lo ocurrido durante esa conferencia, celebrada en la primera quincena de diciembre de 1933, prefiriendo (para fortuna nuestra) relatar sus propias andanzas al margen de las reuniones oficiales. Entre estas andanzas se destaca precisamente la narración de su breve estancia en Buenos Aires, ciudad a la que se dirigió poco después de llegar a la capital uruguaya, queriendo aprovechar de esta manera algunos de los pocos días libres que tendría antes de que empezara su trabajo para «la expedición al Polo Sur» de la que formaba parte.

Cuando Novo llegó a Buenos Aires el 30 de noviembre, Lorca llevaba ya más de un mes y medio como el ídolo del público argentino. Había dado conferencias y recitales ante foros cada vez más entusiastas, mientras que su obra *Bodas de sangre*, estrenada por la compañía de Lola Membrives en

¹ Véase Salvador Novo, *Continente vacío. (Viaje a Sudamérica)*, (Espasa Calpe, Madrid, 1935), pp.188-241; y Novo, «Prólogo», en *Federico García Lorca, Libro de poemas. Poema del cante jondo. Romancero gitano. Poeta en Nueva York. Odas. Llanto por Ignacio Sánchez Mejías. Bodas de sangre. Yerma.* (1973; 12ª ed., Porrúa, México D.F., 1994), pp.vii-xix. *El mismo texto sirvió como prólogo para otro volumen paralelo en que se reunieron otros textos de Lorca: Mariana Pineda. La zapatera prodigiosa. Así que pasen cinco años. Doña Rosita la soltera. La casa de Bernarda Alba. Primeras canciones. Canciones. Para evitar un exceso de notas de pie de página, las referencias a Continente vacío (que son las más) se harán en el cuerpo del texto mediante la sigla CV, seguidas por el número de la página.*

² Los originales de estas cartas, todas ellas escritas a máquina, se conservan en

julio, seguía teniendo un éxito como pocas veces se había visto en la historia del teatro del país. Y como si esto fuera poco, viendo la enorme popularidad gozada por el poeta y dramaturgo andaluz, Victoria Ocampo había sacado una nueva edición argentina del *Romancero gitano*, edición que también se vendía como pan caliente. Fue el suyo un éxito tan fulminante que, de hecho, la situación se volvió casi insostenible para el propio Lorca. «Estoy muy mal» se quejó en algún momento, al escribir a su familia en España, «porque estaba nerviosísimo de tanto beso y tanto apretón de mano. Cuando me fui al hotel no pude dormir de lo cansado que estaba. Aquí por eso tengo una sonrisa falsa porque lo que quería era que me dejaran solo y veo que es imposible»³.

Las circunstancias, en fin, no eran muy propicias para que Novo conociera a Lorca o, al menos, para que entablara con él el tipo de amistad que quería. «Ante tamaña popularidad —apunta el mexicano— yo vacilo en mi deseo de conocerlo. Lo admiro mucho, pero no quería ser simplemente un admirador suyo más, y quizás no habrá medio de ser su amigo». [CV, 188] Al juzgar por este testimonio, la reticencia de Novo fue tan aguda que, de hecho, los dos poetas no se hubieran conocido de no haber intervenido un tercero. Novo recuerda que, al llegar a Buenos Aires, no contaba con la amistad de ningún escritor argentino. Sin embargo, sí contaba con la invitación, que Alfonso Reyes le había hecho llegar en Montevideo, a que pasara a saludar al joven poeta argentino Ricardo E. Molinari. «Alfonso Reyes —recordaría— me había traído de Buenos Aires el grato saludo de Ricardo Molinari en una linda *plaque* y me recomendó vivamente verle allá describiéndome como un mexicano, moreno —morucho, de vivos ojos negros y muy aficionado a todo lo nuestro». [CV, 174] Ampliando un poco la descripción de esta figura señera de la poesía argentina, cabría agregar que acababa de pasar algún tiempo en España, donde se había hecho muy amigo de poetas como Gerardo Diego y Luis Cernuda, y donde Manuel Altolaguirre le había editado un cuaderno, *Nunca* (Ediciones Héroe, Madrid, 1933). No se sabe si había coincidido ahí con Lorca (el biógrafo de Lorca, Ian Gibson, tiende a creer que no), pero el hecho es que, cuando llega Novo a Buenos Aires, Molinari ya se ha convertido en íntimo del autor de *Bodas de sangre* y es Molinari quien, al conocer a Novo, lo lleva en seguida a que los dos se conozcan.

El encuentro ocurrió la mañana del día 1º de diciembre, que coincidió con el día del estreno en Buenos Aires de otra obra teatral de Lorca, *La zapatera prodigiosa*. Lorca los recibió en la habitación que tenía en el Castelar, un hotel muy céntrico en la elegante Avenida de Mayo. El poeta español, como de costumbre, estaba sitiado, hasta en su habitación, por toda una muchedumbre de fervientes admiradores. «Federico estaba en el

Madrid, en la Fundación Federico García Lorca. Mis gracias a Manuel Fernández-Montesinos, director de dicha Fundación, por haberme permitido la consulta de estos textos y también por haber accedido a su publicación.

³ Apud Ian Gibson, Federico García Lorca 2. De Nueva York a Fuente Grande. 1929-1936 (Grijalbo, Barcelona, 1987), pp. 268-9. Esta biografía me ha sido de gran utilidad a la hora de seguir la estancia de Lorca en Buenos Aires.

lecho», relata Novo. «Recuerdo su pijama a rayas blancas y negras, y el coro de admiradores que hojeaban los diarios para localizar las crónicas y los retratos, que seleccionaban la fotografía mejor, el ejemplar del *Romancero gitano*, que le acercaban el vaso de naranjada, que contestaban el teléfono...» [CV, 198] Pero, a pesar del gentío, poco a poco se fue estableciendo el contacto entre Lorca y el recién llegado:

Federico entraba y salía, me miraba de reojo, contaba anécdotas, y poco a poco sentí que hablaba directamente para mí; que todos aquellos ilustres admiradores suyos le embromaban tanto como me cohibían y que yo debía aguardar hasta que se marchasen para que él y yo nos diéramos un verdadero abrazo. Por ahora, tenía que ir a ensayar *La zapatera*, que se estrenaba esa noche misma. Allí nos veríamos para conversar después de la función, si era posible, y si no, al día siguiente yo vendría por él para almorzar juntos, solos. [CV, 199].

Novo y Molinari asistieron esa noche al estreno de la obra de Lorca, que según el autor de *Continente vacío* reunió al «todo Buenos Aires» (Novo menciona haber visto a Oliverio Girondo y a Norah Lange, así como al chileno Pablo Neruda, pero seguramente muchos más ilustres estuvieron presentes). Como temían, fue tan ruidoso el éxito de la pieza que los dos amigos tuvieron que renunciar a la idea de reunirse después con el autor. Pero Lorca no faltó a su promesa. Tal vez el día después del estreno, acudió a un restaurante de la Costanera a almorzar con Novo. En el curso de la comida, parece que los dos hablaron, más que de literatura, de sus respectivas vidas: «Federico y yo, solos, como dos amigos que no se han visto en muchos años, como dos personas que van a cotejar sus biografías, preparadas en distintos extremos de la tierra para gustar cada uno de cada otra». [CV, 201] Según el relato de Novo, Lorca dominó la conversación, recordando sus experiencias en La Habana y en Nueva York, sus contactos ahí y en España con distintas gentes de México (con Emilio Amero y Antonieta Rivas Mercado, por ejemplo), y aludiendo también, en algún momento, en una especie de guiño de ojo hacia su nuevo amigo, a la fama internacional de que, según él, gozaba entonces el nombre de Novo:

¡Pero zi tú ere mundiá! —me decía— ¡Y yo sabía que tendría que conozerte! En España y en Nueva Yó, y en La Habana, y en toah parte me han contaó anédota tuyaz y conozco tu lengua rallada pa hazé soneto! —Y luego poniéndose serio—: Pa mí, la amiztá e ya pa siempre; e cosa sagra; paze lo que paze, ya tú y yo zeremos amigos pa toa la vía! [CV, 202].

Los dos evidentemente se congeniaron en seguida y todo parecía indicar que serían inseparables durante los demás días que durara la estancia de Novo en Buenos Aires. Si no ocurrió así, fue porque, muy poco después

de haber comido juntos, Novo de repente cayó víctima de una enfermedad que lo sumió en «un prolongado, febril sueño». [CV, 207] La fiebre duró varios días, durante los cuales fue atendido y acompañado por Nieves, la mujer de su antiguo mentor Pedro Henríquez Ureña, entonces residente en la capital argentina. Entre los amigos que lo visitaban entonces, parece que ninguno estaba más pendiente de la salud del enfermo que Lorca:

Federico entraba y salía; más tarde me aseguró que desde un principio supo que yo no habría de morirme, y a propósito de su clarividencia gitana refirió una leyenda de «martinicos», duendes, e hizo conjuros por mi salud, que a poco lo hacen lanzar de su hotel, pues el más eficaz consistía en echar agua por la ventana, y bañó a más de un transeúnte de la Avenida de Mayo para que yo me aliviara pronto. [CV, 208].

Mientras tanto, ya se había inaugurado la VII Conferencia Internacional Americana, y desde luego sin que la delegación mexicana contara con su relator oficial. En cuanto pudo, Novo se levantó de la cama y se trasladó a Montevideo; pero se ve que no se había recuperado del todo, porque, apenas llegado a la capital uruguaya, volvió a enfermarse. El 11 de diciembre, ya más o menos repuesto de esta recaída, escribió la primera de sus tres cartas a Lorca:

[*Membrete:*]

VII Conferencia
Internacional Americana
Delegación de México

11 de diciembre [1933]

Querido Federico:

he vuelto a estar enfermo, claro, porque me han faltado tus conjuros: hazlos, por favor, a distancia. Desde la cama —sólo [*sic*]— y con fiebre y con calentura, no he podido escribirte, pero tú sabes bien que en el fondo hay una pasión loca furiosa de atar. ¿Cuándo vendrás a Montevideo, en donde ya se encuentra tu embajadora? Hoy recibí pruebas de mi poema que imprimirá Colombo en B[uenos] A[ires] y para el que Molinari te forzó a prometerme un dibujo. ¿Lo harás? Algo así como un marinero, o una verga marina, o el mar o lo que se te dé la chingada gana, pero ya, en este momento, porque ahí son lentos para trabajar, y entrégaselo a Molinari, a quien le escribo ahora para rogarle que se encargue de vigilar la edición. Ah, y mándame un romancero gitano-argentino para mi colección de incunables. Mi hotel es Gran Hotel. Ahí han estado, según confesión de mi mucama, Novelli, Anatole France... y Tina de Lorenzo.

Te abrazo

Salvador